

cie de noble Rabelais, el culto que este sacerdote cristiano había consagrado á las musas en un presbiterio, escitaban la curiosidad. Daba cuanto tenía, y murió sin poder pagar lo que debía.

El cuarto hermano de mi padre, José, se dirigió á París y se encerró en una biblioteca: le enviaban todos los años las enciclopedias diez y seis libras, su parte de herencia. Pasó desconocido en medio de los libros; se ocupaba en investigaciones históricas. Durante su vida, que fue corta, escribía todos los primeros de enero á su madre, único signo de existencia que jamás diera. ¡Singular destino! Hé aquí á mis dos tíos, el uno erudito y el otro poeta; mi hermano mayor hacia versos agradables; una de mis hermanas, Mad. de Farcy, tenía un verdadero talento para la poesía; otra de mis hermanas, la condesa Lucila, canonesa, podría ser conocida por algunas páginas á mirables; yo he emborronado harto papel. Mi hermano ha perecido sobre el cadáver; mis dos hermanas han abandonado una vida de dolor despues de haber languidecido en las prisiones; mis dos tíos no dejaron con qué pagar las cuatro tablas de su féretro; las letras han causado mis alegrías y mis penas, y no desespero, Dios mediante, de morir en el hospital.

Habiéndose fatigado mi abuela en hacer algo de su hijo mayor y de su segundo, nada podía hacer por los otros dos: René, mi padre, y Pedro mi tío. Esta familia, que había sembrado el oro, segun su escudo, veía desde su morada las ricas abadías que había fundado, y que cubrían las tumbas de sus abuelos. Había presidido los estados de Bretaña, como poseyendo una de las nueve baronías; había firmado en los tratados de soberanos; servido de rehenes á Clisson, y no habría tenido crédito para obtener una subtenencia para el heredero de su nombre.

Quedaba á la pobre nobleza bretona un recurso: la marina real. Quiso aprovecharse para mi padre; pero era preciso ante todo dirigirse á Brest, vivir allí, pagar los maestros, comprar el uniforme, las armas, los libros, los instrumentos de matemáticas, ¿cómo subvenir á todos estos gastos? El despacho pedido al ministro de Marina no llegó por falta de un protector, y la castellana de Villeneuve cayó enferma de pesar.

Entonces mi padre dió la primera muestra del carácter resuelto que le he conocido. Tenía unos quince años: habiéndose apercebido de las inquietudes de su madre, se acercó al lecho en que estaba acostada, y le dijo: «No quiero ser por mas tiempo una carga para vos.» Con esto, mi abuela rompió en llanto. (Veinte veces he oido á mi padre contar esta escena.) «René, le respondí, ¿qué vas á hacer? Labra tu campo.—No puede mantenernos; dejadme partir.—Pues bien, dijo la madre: ve adonde Dios quiere que vayas.» Abrazó al niño sollozando. La misma noche, mi padre abandonó la quinta materna, llegó á Dinan, donde una de nuestras parientes le dió una carta de recomendación para un vecino de Saint-Malo. El aventurero, huérfano, se embarcó como voluntario en una goleta armada, que dió á la vela algunos dias despues.

La pequeña república maluina sostenía sola entonces sobre los mares el honor del pabellon francés. La goleta alcanzó la escuadra que el cardenal de Fleury enviaba al socorro de Stanislao, sitiado en Dantzick por los rusos. Mi padre echó pié á tierra, y se halló en el memorable combate que mil quinientos franceses, mandados por el valiente breton, de Brehan, conde de Plelo, libraron el 29 de mayo de 1734 á cuarenta mil moscovitas, mandados por el Munich. De Brehan, diplomático, guerrero y poeta, fue muerto, y mi padre dos veces herido. Volvió á Francia, y se embarcó de nuevo. Naufragó sobre la costa de España; los ladrones lo atacaron y despojaron en Galicia, tomó pasaje en Bayona á bordo de un buque, y volvió aun al techo aterno. Su valor y su espíritu de orden lo habían he-

cho conocer. Pasó á las Islas, se enriqueció en las colonias y echó los fundamentos de la nueva fortuna de su familia.

Mi abuela confió á su hijo René, su hijo Pedro, Mr. de Chateaubriand, de Plessis, cuyo hijo Armand de Chateaubriand, fue fusilado por orden de Bonaparte, el viernes santo del año de 1810. Fue uno de los últimos nobles franceses muertos por la causa de la monarquía. Mi padre se encargó de la suerte de su hermano, aunque hubiese contraido, por el hábito de sufrir, un rigor de carácter que conservó toda su vida: el *Non ignara mali* no es siempre verdad: la desgracia tiene sus durezas como sus ternuras.

Mr. de Chateaubriand era alto y seco; tenía la nariz aguileña, los labios delgados y pálidos, los ojos hundidos, pequeños y garzos, ó hundidos como los de los leones ó los de los antiguos bárbaros. No he visto jamás una mirada semejante: cuando se encolerizaba, su brillante pupila parecía querer salirse de su órbita y penetrar en aquel á quien se dirigía como una bala.

Una sola pasión dominaba á mi padre: la de su nombre. Su estado habitual era una tristeza profunda que la edad aumentó, y un silencio que no abandonaba jamás sino cuando estallaba su cólera. Avaro, únicamente por devolver á su familia su primitivo esplendor, altanero en los Estados de Bretaña con los nobles, duro con sus vasallos en Combourg, taciturno, despótico y amenazador en el hogar doméstico, la primera impresion que causaba al verle, era de temor. Si hubiese alcanzado la época de la revolucion y hubiese sido mas jóven, indudablemente hubiera representado en ella un papel importante, ó se hubiera hecho degollar en su castillo. No carecía de cierto genio, y estoy seguro de que, colocado al frente de la administración ó de un ejército, hubiera sido un hombre extraordinario.

Cuando regresó de América, se le ocurrió el pensamiento de contraer matrimonio. Nació el 23 de setiembre de 1718, y casó el 3 de julio de 1753, á los treinta y cinco años, con Paulina Juana Susana de Bedée, que nació el 7 de abril de 1726, y la cual era hija de Angel-Anibal, conde de Bedée, señor de la Bouetardais. Establecióse con ella en Saint-Malo, y como no distaba mas que siete ú ocho leguas el lugar donde habían nacido uno y otro, veían perfectamente desde su habitacion el horizonte bajo el cual habían venido ambos al mundo. Mi abuela materna, María Ana de Ravenel de Boisteilleul, señora de Bedée, nació en Rennes el 16 de octubre de 1698, y fue educada en Saint-Cyr, en los últimos años de Mad. Maintenon: su educación se trasmirió despues á sus hijas.

Mi madre, dotada de un gran talento y de una imaginacion prodigiosa, se formó con la lectura de Fenelon, de Racine, de Mad. de Sévigné, y con las anécdotas de la corte de Luis XIV; sabía de memoria todo el *Cyro*. Paulina de Bedée, á pesar de sus grandes rasgos, era morena, de pequeña estatura y fea; la elegancia de sus modales y la viveza de su genio contrastaban con la rigidez y la calma de mi padre. Aficionada al bullicio del mundo, tanto como lo era mi padre á la soledad, y vivaracha é impetuosa, tanto como frio é inmóvil era este, todos sus gustos eran diametralmente opuestos á los de su marido. Esta contrariedad de genios convirtió su alegría y atolondramiento en una profunda melancolía. Precisada á guardar silencio cuando tenía deseos de hablar, se desquitaba de esta privacion entregándose á una especie de tristeza estrepitosa, que la hacia exhalar hondos suspiros, los cuales eran los únicos que interrumpían la tristeza muda de mi padre. Respecto á sentimientos de piedad, mi madre era un ángel.

La Vallée-aux-Loups 31 de diciembre de 1811.

NACIMIENTO DE MIS HERMANOS Y HERMANAS.—MI VENIDA AL MUNDO.

Mi madre dió á luz en Saint-Malo el primer hijo, que murió en la cuna, y el cual se llamó Gofredo, como casi todos los primogénitos de nuestra estirpe. A este siguieron otro varon y dos hijas, que solo vivieron algunos meses.

Estos cuatro hijos murieron de un derrame de sangre en el cerebro. Mi madre echó despues al mundo un tercer hijo varon, al que pusieron por nombre Juan Bautista: este fue el que llegó á ser mas tarde yerno de Mr. de Malesherbes. Despues de Juan Rautista nacieron cuatro hijas: María-Ana, Benigna, Julia y Lucila, todas de una raza bella, y de las cuales solo las dos mayores sobrevivieron á las borrascas de la revolucion. La belleza, grave frivolidad, subsiste cuando todas las demás han desaparecido. Yo he sido el último de estos diez hijos. Es muy probable que mis cuatro hermanas debieran su existencia al deseo que tenía mi padre de ver asegurado su nombre con el advenimiento de un segundo varon: yo me resistía á secundar estos deseos; tenía aversion á la vida.

Hé aquí mi fe de bautismo:

«Extracto de los registros del estado civil de la jurisdiccion de Saint-Malo para el año de 1768.

«Francisco Renato de Chateaubriand, hijo de Renato de Chateaubriand y de Paulina Juana Susana de Bedée, su esposa; nació el 4 de setiembre de 1768, y fue bautizado al siguiente dia por nos, Pedro Enrique Nouail, gran vicario del obispado de Saint-Malo. Fue su padrino Juan Bautista de Chateaubriand, su hermano, y su madrina Francisca Gertrudis de Contades, que firman en union con el padre. Asi consta en el registro.—Contades de Plouër; Juan Bautista de Chateaubriand; Brignon de Chateaubriand, de Chateaubriand, y Nouail, vicario general.»

Por este documento se ve que he padecido una equivocacion al consignar en mis obras que había nacido el 14 de octubre en lugar del 4 de setiembre: mis nombres son Francisco Renato y no Francisco Augusto (1).

La casa que habitaban mis padres en aquella época se halla situada en una angosta y sombría calle de Saint-Malo, llamada calle de los Judíos: actualmente es una posada. La habitacion en que mi madre me dió á luz domina una parte desierta de los muros de la ciudad, y desde sus ventanas se percibe hasta perderse de vista el mar que se estrella contra los escollos. Como consta en mi fe de bautismo, fue mi padrino mi hermano, y mi madrina la condesa de Plouër, hija del mariscal Contades. Cuando vine al mundo daba muy pocas esperanzas de vida. El bramido de las olas, encrespadas por una borrasca que anunciaba el equinoccio del otoño, impedía oír mis gritos: muchas veces me han referido estos detalles, cuya tristeza no se ha borrado jamás de mi memoria. No se ha pasado un solo dia en que, meditando en lo que he sido, haya dejado de recordar en mi imaginacion la roca sobre la cual nací, la habitacion en que me impulsó mi madre la pesadumbre de la vida, la tempestad cuyo bramido arrulló mi primer sueño, y el infortunado hermano á quien debo un nombre que he arrastrado casi siempre en la desgracia. No parece sino que el cielo reunió todas estas diversas circunstan-

(1) Veinte dias antes, el 15 de agosto de 1768, nació en otra isla situada al extremo opuesto de la Francia el hombre que destruyó la antigua sociedad: Bonaparte.

cias para colocar en mi cuna una imágen de mis destinos.

La Vallée-aux-Loups, enero 1812.

PLANCOUET.—VOTO.—COMBOURG.—PLAN DE MI PADRE PARA MI EDUCACION.—LA VILLENEUVE.—LUCILA.—LAS SEÑORITAS COUPPART.—PRINCIPIOS DE MAL ESTUDIANTE.

Apenas había salido del seno de mi madre cuando ya sufrí mi primer destierro; enviáronme á Plancouet, bonita aldea que se halla situada entre Dinan, Saint-Malo y Lamballe. El conde de Bedée, hermano único de mi madre, había construido junto á esta aldea el castillo de *Monchoix*. Las tierras de mi abuela materna se extendían hasta el lugar de Corseul, que eran los *Curiosolitos* de los comentarios de César. Mi abuela, viuda hacia mucho tiempo, vivía con su hermana, la señorita de Boisteilleul, en una granja, separada de Plancouet por un puente, y que había tomado el nombre de *La Abadía* de un convento de benedictinos, consagrado á Nuestra Señora de Nazareth.

El pecho de mi nodriza se agotó al poco tiempo, y me confiaron al cuidado de otra pobre cristiana, la cual me ofreció á la patrona de la Granja, Nuestra Señora de Nazareth, haciendo voto de ponerme hasta la edad de siete años el hábito benedictino. Todavía no contaba mas que algunas horas de vida, y ya se veía impresa en mi frente la pesadumbre del tiempo. ¿Por qué no me dejaron morir? ¿Entraba acaso en las miras de Dios el conceder al voto de la oscuridad y de la inocencia la conservacion de los dias que amenazaba extinguir una vana reputacion?

El voto de la aldeana bretona no se practica ya en este siglo; y sin embargo, había un no sé qué de tierno y de sublime en la intervencion de una madre divina, que hacia de medianera entre el niño y el cielo, y que repartía con la madre terrenal los cuidados prodigados á la criatura.

A los tres años me llevaron á Saint-Malo, y ya hacia siete que había recobrado mi padre las posesiones de Combourg. Sus mas ardientes deseos consistían en volver á poseer los bienes que pertenecieron á sus antepasados; pero no pudiendo entrar en trato sobre el señorío de Beaufort, que había refluído en la familia de Goyon, ni sobre la baronía de Chateaubriand, refundida en la casa de Condé, dirigió sus miras sobre Combourg, que Froissart escribió *Combour*, y que habían poseído ya varios descendientes del tronco de mi familia en virtud de enlaces contraídos con los Coetquen. Combourg defendía á la Bretaña contra las invasiones de Normandía é Inglaterra. Junken, obispo de Dol, lo mandó construir en 1016; la torre grande data desde 1100. El mariscal de Duras, que poseía á Combourg, porque se lo había traído en dote su mujer, Maclovía de Coetquen, oriunda de una Chateaubriand, se arregló con mi padre. El marqués du Hallay, oficial de granaderos á caballo de la guardia real, demasiado conocido quizás por su bravura, es el último vástago de los Coetquen-Chateaubriand: Mr. de Hallay tiene un hermano. El mismo mariscal de Duras, pariente nuestro, fue el que nos presentó despues á mi hermano y á mí á Luis XVI.

Yo fui destinado á la marina real: la antipatía á la corte era muy natural en todo breton, y en mi padre particularmente. La aristocracia de nuestros Estados fortificaba en él este sentimiento.

Cuando me llevaron á Saint-Malo, mi padre se hallaba en Combourg, y mi hermano en el colegio de Saint-Briene; mis cuatro hermanas al lado de mi madre.

Todas las afecciones de esta se habían concentrado

en su hijo mayor; y, aun cuando esto no quiere decir que dejase de amar á sus otros hijos, manifestaba sin embargo una ciega preferencia al joven conde de Combourg. Verdad es que yo tambien gozaba de algunos privilegios mas que mis hermanas, merced á mi calidad de varon, de hijo último, porque era el *caballero* (asi me llamaban); pero el resultado es que vivia entregado á manes extrañas. Mi madre, por otro lado, que, como ya llevo dicho, era mujer de talento y de virtudes, dedicaba todo su tiempo á los cuidados de la sociedad y á los deberes de la religion. La condesa de Plouër, mi madrina, era íntima amiga suya, y visitaba tambien á los parientes de Maupertuis y del cura Trublet. Era aficionada á la política, y gustaba del bullicio del mundo, lo cual no tiene nada de extraño, porque en Sait-Malo, asi como en el monasterio de Saba, situado en el barranco del Cedron, se hablaba tambien de política: tomó parte con un ardor vehemente en el asunto la Chalotais. El humor regañon que gastaba en casa; su distraida imaginación, y su espíritu de patrimonio, nos impidieron conocer al pronto sus admirables cualidades. A pesar de su adhesión al orden, no se veía este nunca en sus hijos; era generosa, y parecia avara; su alma estaba dotada de una dulzura infinita, y sin embargo, estaba regañando constantemente: mi padre era el terror de los de casa; mi madre era el azote.

Los primeros sentimientos de mi vida provinieron de este carácter de mis padres. Concebí un entrañable afecto hácia la mujer que me cuidaba, excelente criatura á quien llamaban la *Villeneuve*, y cuyo nombre escribo ahora con un sentimiento de gratitud, y con lágrimas en los ojos. La *Villeneuve* era una especie de mayordomo de casa, que me llevaba en sus brazos, que me daba á hurtadillas todo cuanto encontraba, que enjugaba mi llanto, que me dejaba en un rincón para volver á cogerme en seguida, y que me llenaba de besos refunfuñando: «Este no será orgulloso; tendrá buen corazón, y no tratará mal á las gentes! Toma, chiquitín, toma!» y me daba vino y azúcar en abundancia.

A mis simpatías de niño hácia la *Villeneuve*, sucedió despues una amistad mas digna.

Lucila, la cuarta de mis hermanas, tenia dos años mas que yo. Como segundona desamparada, se vestía con los despojos de las demás. Forjaos en vuestra mente una muchacha flaca, demasiado alta para su edad, con los brazos caidos, aire tímido, que habla con dificultad, y que no consigue aprender nada: vestida con un traje cortado para otra; ajustad su talle dentro de un corpiño, cuyas ballenas le llaguen los costados; sostened su cuello con un collar guarnecido de terciopelo negro; recoged sus cabellos en la parte superior de su cabeza; atadlos con una cinta de tela negra, y conoceréis á la miserable criatura que llamó mi atención al entrar en el techo paterno. Nadie hubiera podido descubrir entonces en la raquílica Lucila la belleza y talento que debían brillar en ella algun día.

Entregáronmela como un juguete; pero yo no abusé nunca de mi poder; en lugar de querer tenerla sumisa á mi voluntad, me constituí en defensor suyo. Todas las mañanas nos llevaban juntos á casa de las hermanas Coupart, dos viejas jorobadas vestidas de negro, que enseñaban á leer á los niños. Lucila leía muy mal; pero yo leía peor. Las hermanas la reprendían; yo arañaba á las hermanas, y estas acudían á mi madre con amargas quejas. Comenzábase á creer que yo era un bribon, un revoltoso, un holgazán y un borracho, en una palabra. Todos los de casa participaban de esta idea; mi padre decía que todos los caballeros de Chateaubriand habían sido destrozadores de libros, borrachos y camorristas. Mi madre suspiraba y renegaba de lo lindo al ver el desorden de mi vestido. Aun cuando yo era todavía demasiado niño, no podía sufrir con resignación los insultos que me prodigaba mi padre;

cuando mi madre acudia á completarlos, elogiando á mi hermano, á quien apellidaba un Caton, un héroe, me sentía dispuesto á hacer todo el mal de que me creían capaz.

Mi maestro de escribir; Mr. Després, el cual gastaba una senda peluca á lo marinero, estaba tan descontento de mí como mis padres; hacíame copiar eternamente los dos siguientes versos, escritos de su letra, á los cuales cobré un horror invencible, que no procedía de la falta gramatical que se nota en ellos:

C'est á vous, mon esprit, á qui je veux parler,
Vous avez des défauts que je ne puis celer.

Sus reprimendas iban acompañadas las mas veces de algunos golpes que me aplicaba á la parte posterior del cuello, llamándome *cabeza de achocre*; ¿quería decir *chorlito* (1)? Ignoro lo que quiere decir *cabeza de achocre*; pero tengo para mí que ha de ser una cosa horrible.

Saint-Malo no es mas que una pura roca. Edificado en otro tiempo en medio de un pantano salobre, llegó á ser una isla por la irrupción de la mar, que en 709 socavó el golfo y dejó el monte de San Miguel circundado por las olas. Actualmente la roca de Saint-Malo únicamente se comunica con la tierra firme por una calzada, á la cual se le da el poético nombre de *Surco*. Invade este *Surco* por un lado la pleamar, y la marea, que va de rechazo para entrar en el puerto la lava, por el otro. En 1730 la destruyó casi completamente una tempestad. Cuando baja la marea, el puerto queda en seco, y se ven á la orilla Este y Norte de la mar montones de hermosísima arena. Entonces se puede dar la vuelta completa á mi nido paterno. Vense sembradas aquí y allí infinidad de rocas, una porción de fuertes y algunos islotes inhabitados: el Fort-Royal, la Conchée, Cezembre y el Grand-Bé, que será mi tumba; sin saberlo habia escogido bien: *bé*, en idioma bretón, significa *tumba*.

Al extremo del *Surco*, donde hay un calvario, se ve un promontorio de arena en la misma orilla del Océano. Este promontorio se llama *Hoguette*, y sobre él se ostenta una horca, cuyos pilares nos servían para juzgar á á las cuatro esquinas, disputándose los á las aves acuáticas. Con todo, teníamos una buena dosis de miedo siempre que nos deteníamos en aquel sitio.

Se encuentran allí tambien los *Miels*, especie de méganos donde pastaban los carneros; á la derecha, praderas en la parte baja del *Paramé*, el camino real de Saint-Servan, el cementerio nuevo, un calvario y molinos sobre montecitos, como los que se elevan en la tumba de Aquiles á la entrada del Helesponto.

VIDA DE MI ABUELA MATERNA Y DE SU HERMANA EN PLANCUET.—MI TIO Y EL CONDE DE BEDÉE EN MONCHOIX.—RELAJACION DEL VOTO DE MI NODRIZA.

Hallábame próximo á cumplir los siete años: mi madre me llevó á Plancouet para que me relevaran del voto de mi nodriza, y nos alojamos en casa de mi abuela. Si alguna vez he visto la felicidad, fue seguramente en esta casa.

La que mi abuela ocupaba, en la calle de la Granja de la Abadía, tenia unos jardines que descendían formando terrados hasta un valle, en el cual se veía una fuente circundada de sauces. Mad. de Bedée ne podía moverse; pero, á excepcion de este achaque, no tenia ningun otro de los peculiares á su edad: era una

(1) *Achore*, dice el original: el autor pone tambien una nota, diciendo que *Achor* significa en griego *copetudo*, *orgulloso*, *estirado*; en ambos casos nos parece intraducible.

(Nota del Trad.)

anciana de agradable presencia, gruesa, blanca, limpia, de noble aspecto, de modales distinguidos, y que vestía un traje de pliegues á la antigua y una escofieta negra de encaje, que sujetaba haciendo un lazo con sus cintas debajo de la barba. Tenia un talento cultivado, un carácter reflexivo, y era circunspecta en su conversacion. Le prodigaba sus cuidados la señorita de Boisteilleul, su hermana, que únicamente se le parecia en lo bondadosa, y la cual era una personita flaca, enjuta, habladora y burlona. En sus tiempos habia amado á un conde de Tremigon, el cual conde le dió palabra de casamiento, y faltó despues á su promesa. Mi tia se consoló cantando sus amores, porque era poeta. Recuerdo haberla oido tararear muchas veces con voz nasal, con los espejuelos colocados sobre la nariz, y mientras bordaba los vuellos para las camisas de su hermana, un apólogo que principiaba así:

Un épervier aimait une fauvette,
Et, ce dit-on, il en était aimé (1).

lo cual me ha parecido siempre muy singular tratándose de un milano. La canción terminaba con este estribillo:

¡Ah! Tremigon, ¿la fable est-elle obscure?
Ture lure (2).

¡Cuántas cosas concluyen en el mundo como los amores de mi tia. Tararira!

Mi abuela fiaba á su hermana los cuidados de la casa. Comía á las once de la mañana y dormía siesta; se despertaba á la una y la llevaban al pié de los terrados del jardín, bajo los sauces de la fuente, donde hacia calceta, rodeada de su hermana, sus hijos y sus nietos. En aquella época la vejez era una dignidad, hoy es una carga. A las cuatro volví á conducir á mi abuela á un salon, y Pedro, su erriado, traía una mesa de juego. La señorita de Boisteilleul golpeaba con las tenazas en la plancha de la chimenea, y algunos instantes despues se veían entrar otras tres viejas solteronas, que vivían en la casa inmediata y que acudían á la señal de mi tia. Estas tres hermanas se llamaban las señoritas Vildéneux. Hijas de un pobre hidalgo que les habia dejado una corta herencia, prefiriendo el disfrutarla justas á dividirla, y no se habían separado jamás, ni habían salido nunca de su aldea. Unidas á mi abuela desde la infancia con los vínculos de la amistad, vivían pared por medio, y al oír en la chimenea la señal concertada, pasaban diariamente á hacer la partida á su amiga. Principiaba el juego; las buenas señoras reñían y disputaban en grande; este era el único acontecimiento de su vida, el único instante en que la igualdad de su humor se alteraba. A las ocho venía la cena á restablecer la tranquilidad. Mi tio de Bedée asistía muchas veces con su hijo y sus tres hijas á la cena de mi abuela, la cual contaba mil historias antiguas: mi tio refería á su vez la batalla de Fontenoy, en la cual se habia encontrado; y despues de ponderar sus brillantes hazañas, concluía por contar cuentos un sí es no es colorados, que hacían reventar de risa á aquellas honestas señoritas. A las nueve, despues de terminada la cena, entraban los criados, se ponían todos de rodillas, y la señorita de Boisteilleul rezaba el rosario en voz alta. A las diez todas las gentes de la casa dormían, exceptuando mi abuela y su doncella, á la cual hacia leer hasta la una de la mañana.

Esta sociedad, la primera á que asistí en mi vida,

(1) Un milano amaba á una paloma, y, segun se dice, era correspondido.

(2) ¡Ah! Tremigon, ¿os parece la fábula oscura? Tararira.

ha sido la primera tambien que ha desaparecido á mis ojos. Yo he visto la muerte entrar bajo aquel techo da paz y de bendición, dejarlo solitario poco á poco, y cerrar una tras otra todas sus habitaciones para no volver á abrirlas jamás. He visto á mi abuela precisada á renunciar á su partida de juego, porque habían ido faltando todas sus tertulianas; he visto disminuirse el número de sus amigas, hasta que le tocó la vez: mi abuela fue la última de todas. Su hermana y ella se habían prometido llamarse desde la otra vida en el instante mismo en que faltase una de las dos: cumplieron fielmente su palabra; y la señorita de Bedée sobrevivió tan solo poco mas de un mes á la señora de Boisteilleul. Quizas soy el único hombre en el mundo que sepa que han existido todas estas personas. Veinte veces he hecho esta observacion desde aquella época, y otras tantas he visto formarse y disolverse sociedades en torno mio. Esa imposibilidad de duracion y consistencia en los vínculos humanos; ese olvido profundo que viene en pos de nosotros; ese invencible silencio que se apodera de nuestra tumba y que se hace extensivo hasta nuestra casa, me impele constantemente á la necesidad del aislamiento. Cualquiera mano es buena para darnos el vaso de agua que podamos necesitar cuando nos veamos postrados por la fiebre de la muerte. ¡Ah! ¡Plegue al cielo que no sea para nosotros demasiado cara! Porque, ¿cómo abandonar sin desesperacion la mano que hemos cubierto de besos, y que quisiéramos tener posada eternamente sobre nuestro corazón?

El castillo del conde de Bedée se hallaba situado á una legua de Plancouët, y en una altura desde la cual se descubría un delicioso paisaje. Todo respiraba en él felicidad y regocijo. El buen humor de mi tio era inagotable. Sus tres hijas, Carolina, María y Flora, y su hijo, el conde de la Bouetardais, consejero en el Parlamento, participaban igualmente de la ternura de su corazón. Una caterva de primos, que vivían en las inmediaciones, invadían con frecuencia á Monchoix, donde se tocaba, se bailaba, se emprendían cacerías y se bromeaba desde la mañana hasta la noche. Mi tia, la señora de Bedée, á la cual no se le ocultaba que mi tio iba comiéndose alegremente sus fondos y su renta, se incomodaba con sobrada razon; pero no se le hacia caso; y su atrabiliario genio aumentaba el buen humor de su familia; verdad es que ella era tambien un tanto cuanto maniática, y entre otras rarezas tenia la de dejar que se acostase en su falda un perrazo de caza muy arisco, y la de que fuese en su seguimiento un jabali domesticado, cuyos gruñidos atronaban el castillo. Cuando yo iba desde la casa paterna, tan sombría y silenciosa, á esta casa de bullicio y de diversiones, me hallaba en un verdadero paraíso. Este contraste llegó á ser para mí mucho mayor, cuando mi familia se fue á vivir al campo. Pasar de Combourg á Monchoix era pasar del desierto al mundo, del castillejo de un baron de la edad media á la casa de recreo de un príncipe romano.

El día de la Ascension del año 1775 partí para Nuestra Señora de Nazareth en compañía de mi abuela, mi madre, mi tia de Boisteilleul, mi tio de Bedée y sus hijos, y de mi nodriza y mi hermano de leche. Tenia una levita blanca, zapatos, guantes, un sombrero blanco y un cinturón de seda azul. Llegamos á la abadía á las diez de la mañana. Una calle de olmos del tiempo de Juan V de Bretaña envejecían el convento, que se halla situado al lado del camino. Esta calle conducía al cementerio; para entrar en la iglesia, el cristiano tenia que atravesar la region de los sepulcros: la muerte conduce á la presencia de Dios.

Los religiosos ocupaban ya en el coro sus respectivas sillas; ardían en el altar multitud de velas, y de las diferentes bóvedas pendían una porción de lámparas; en los edificios góticos hay lontananzas y descubre la vista una especie de horizontes sucesivos. Los ma-

ceros salieron á recibirme á la puerta, vestidos de ceremonia, y me condujeron al coro, donde habia preparados tres asientos: yo me coloqué en el de en medio; mi nodriza se sentó á mi izquierda, y mi hermano de leche á mi derecha.

Al poco rato empezó la misa; en el ofertorio se volvió hácia mí el celebrante, y leyó algunas oraciones; despues de lo cual me desnudaron de mis hábitos blancos, que quedaron colgados en *ex-voto* encima de una imágen de la Virgen. Revistiéronme en seguida con un hábito morado, y el prior pronunció un discurso sobre la eficacia de los votos: recordó la historia del baron de Chateaubriand, que acompañó á San Luis al Oriente, y me dijo que acaso visitaria yo tambien en la Palestina á aquella Virgen de Nazareth, á quien debia la vida por la intercesion de las plegarias del pobre, agradables siempre á los ojos de Dios. Aquel monge, que me contaba la historia de mi familia, como el abuelo del Dante le contaba la de sus

abuelos, hubiera podido añadir tambien, como Cacciaguada, la prediccion de mi destierro:

Tu proverai si come sá di sale
Il pane altrui, e come e duro calle
Lo scendere e'l salir per l'altrui scale.
E quel che piu ti graverá le spalle
Sara la compagnia malvagia e scempia,
Con la qual tu Cadrai in questa valle;
Che tutta ingrata, tutta matta ed empia
Si farà contra te.

Di sua bestialitate il suo processo
Sara la pruova, si ch'á te fia bello
Averti fatia parte, per te stesso.

«Tu aprenderás lo salado que sabe el pan ageno y lo duro que es el subir y bajar las escaleras de otros. Pero lo que ha de pesar mas sobre tus hombros será



ESTE SITIO ME AGRADA.

la compañía depravada é insensata que te arrastrará en su caída, y la cual se volverá contra tí, haciendo alarde de ingratitud, de locura é impiedad.

«Su conducta será la mejor prueba de su estupidez, en tu mano está por lo tanta adoptar el mejor partido.»

Desde la exhortacion del monge he estado soñando siempre con la peregrinacion á Jerusalem, hasta que al fin me decidí á llevarla á cabo.

Fui consagrado á la religion, y los despojos de mi inocencia quedaron sobre sus altares; en la actualidad no son mis vestidos los que habrán de suspenderse en los templos; son mis miserias.

Volvieron á conducirme á Saint-Malo, que no es

seguramente el Aleth de la *notitia imperii*: los romanos fundaron un Aleth, pero no en el barrio de Saint-Servand, sino en el puerto militar llamado *Solidor*, á la embocadura del Rance. Enfrente de Aleth habia una roca, *est in conspectu Tenedos*, la cual no era el refugio de los pérfidos griegos, sino el retiro del ermitaño Aaron, que fijó su residencia en esta isla el año 507: de esta misma fecha data la victoria de Clovis sobre Alarico: el uno fundó un reducido convento, y el otro una vasta monarquía: ambos edificios se han desplomado á un tiempo.

Malo, en latin *Maclovius*, *Macutus*, *Machutes*, fue creado obispo de Aleth en 514, y visitó á Aaron, atraido por su fama. Despues de la muerte del santo fue capellan del oratorio de esta ermita, y erigió una iglesia cenobítica *in praedio Machutis*. Dió su nombre á la isla primeramente, y despues lo tomó tambien la ciudad *Maclovium*, *Maclopolis*.

Desde San Malo, primer obispo de Aleth, hasta el beato Juan, llamado de la *Parrilla*, que fue consagrado en 1140, y que hizo edificar la catedral, ocuparon la silla cuarenta y cinco obispos. Habiendo quedado Aleth casi enteramente abandonado, Juan de la Parrilla trasladó la silla episcopal de la ciudad romana á la ciudad bretona, que iba extendiéndose sobre la roca Aaron.

Saint-Malo sufrió mucho en las guerras que sobrevinieron entre los reyes de Francia é Inglaterra.

El conde de Richemont, despues Enrique VII de Inglaterra, en cuyo reinado terminaron los partidos de

la rosa blanca y de la rosa encarnada, fue conducido á Saint-Malo. El duque de Bretaña lo entregó á los embajadores de Ricardo, y estos lo iban á llevar á Londres para darle allí la muerte; pero consiguió escaparse burlando la vigilancia de sus guardias, y se refugió en la catedral. *Asylum, quod in ea orbe est inviolatissimum*: este derecho de asilo se remontaba hasta los druidas, primeros sacerdotes de la isla de Aaron.

Un obispo de Saint-Malo fue uno de los tres favoritos (los otros dos eran Arturo de Montauban y Juan Hingaut) que perdieron al infortunado Gil de Bretaña:



ME OFRECÍ A LA PATRONA DE LA GRANJA, NUESTRA SEÑORA DE NAZARETH.

asi consta en la *Historia lastimosa de Gil, señor de Chateaubriand y de Chantocé, principe de la sangre de Francia y de Bretaña, extrangulado en la prision por los ministros del favorito el 24 de abril de 1450*.

Existe una capitulacion magnífica entre Enrique IV y Saint-Malo: la ciudad trató de potencia á potencia; protegió á los refugiados dentro de sus muros, y obtuvo, en virtud de una cédula de Filiberto de la Guiche, gran maestre de la artillería de Francia, autorizacion para fundir cien cañones. Nada se parecia tanto á Venecia (exceptuando en el sol y en las artes), por su religion, sus riquezas y su orden de caballería marítima, como la pequeña república de Saint-Malo,

la cual apoyó la expedicion de Carlos V á Africa, y auxilió á Luis XIII en el sitio de la Rochela: su pabellon ondeaba sobre todos los mares: tenia relaciones con Moka, Surates, Pondichery, y exploraba el mar del Sur una compañía formada en su seno.

Mi ciudad natal se distinguió desde el reinado de Enrique IV por su adhesion y su fidelidad á la Francia. Los ingleses la bombardearon en 1693, y el 29 de noviembre del mismo año lanzaron sobre ella una máquina infernal, con cuyos restos he jugado muchas veces con mis camaradas. En 1758 la bombardearon de nuevo.

Los habitantes de Saint-Malo prestaron á Luis XV considerables sumas durante la guerra de 1704, y en

remuneracion de este servicio les fue confirmado el privilegio de defenderse por sí mismos; el rey quiso además que el primer navio de la marina real fuese tripulado exclusivamente por marineros de Saint-Malo y de su matrícula.

En 1771 renovaron su sacrificio é hicieron á Luis XVI un empréstito de treinta millones. El famoso almirante Ausson desembarcó en Cancale en 1758, y quemó á Saint-Servan. La Chalotais escribió en el castillo de Saint-Malo sobre un lienzo, con un mondadientes y con hollín desleído en agua, las memorias que tanto alborotaron entonces, y de las cuales nadie se acuerda en la actualidad. Los sucesos borran los sucesos; son inscripciones grabadas sobre otras inscripciones, que forman las páginas de la historia de los Palimpsestos.

Saint-Malo surtia á nuestra armada de los mejores marineros: véase sino el *rol general* en el tomo in folium publicado en 1682 bajo este título: *Rol general de los oficiales marineros de guerra y marineros mercantiles de Saint-Malo*. Hay tambien un tratado titulado: *Fueros de Saint-Malo*, impreso en la coleccion general de los mismos. Los archivos de la ciudad están riquísimos de datos útiles para la historia y para el derecho marítimo.

Santiago Cartier, el Cristóbal Colon de la Francia, que descubrió el Canadá, fue hijo de Saint-Malo. Los naturales de esta ciudad señalaron tambien al extremo opuesto de la América las islas que llevan su nombre: *Islas Maluinas*.

Saint-Malo es la ciudad natal de Duguay-Trouin, uno de los mejores marineros que han existido: en nuestros dias ha dado á Surcouf á la Francia. El célebre Mahé de Bourdonnaie, gobernador de la isla de Francia, nació tambien en Saint-Malo, asi como Lametrie, Maupeituis y el abate Trublet, de quien Voltaire hizo bastante burla; todo lo cual no es poco para un recinto que escasamente iguala al jardín de las Tullerías.

Lamennais ha dejado atrás estas pequeñas celebridades literarias de mi patria: Broussais, y mi noble amigo el conde de la Feronnays, son igualmente hijos de Saint-Malo.

Finalmente, para no omitir nada, haré mencion tambien de los dogos que formaban parte de la guarnicion de Saint-Malo, los cuales descendian de aquellos famosos perros, granujas de los galos, que, segun Strabon, presentaban á los romanos, en union con sus dueños, batallas campales. Alberto el Grande, religioso de la orden de Santo Domingo, y autor tan grave como el filósofo griego, declara que «la custodia de una plaza tan importante, como era la de Saint-Malo, estaba confiada á la fidelidad de algunos dogos, que patrullaban todas las noches con una vigilancia y un celo sorprendentes. Mas tarde fueron condenados á pena capital por haber tenido la desgracia de comerse inconsideradamente las piernas de un hidalgo: de aquí tiene su origen la cancion compuesta en nuestros dias con el título de *Buen viaje*. De todo se hace burla. Los criminales fueron reducidos á prision; uno de ellos rehusó tomar el alimento de las manos de su guardian, á quien hacia verter lágrimas: el noble animal se dejó morir de hambre: los perros, como los hombres, suelen ser castigados por su fidelidad. La custodia del Capitolio, así como la de Delos, estaba confiada tambien á algunos perros, los cuales no ahullaban cuando Escipion el Africano iba al despuntar el alba á implorar á los dioses.

Circundada de murallas de diversas épocas, que se dividen en *pequeñas y grandes*, y sobre las cuales se han hecho paseos, Saint-Malo está defendida además por el castillo de que ya he hablado, y cuyas fortificaciones aumentó la duquesa Ana con torres, bastiones y fosos. La ciudad insular, mirada desde fuera, parece una ciudadela de granito.

El punto de reunion de los muchachos era la arenosa esplanada que queda cuando baja la marea entre el castillo y el Fort-Royal: allí es donde yo me he educado, teniendo por compañeros á los vientos y á las aguas. Uno de mis principales placeres consistia en luchar con las tempestades y en jugar con las olas que huian á mi vista ó que corrían en pos de mí á ganar la orilla. Otra de mis diversiones era construir con la arena de la playa monumentos, á los cuales daban mis camaradas el nombre de *hornos*. Despues de aquella época he visto edificar muchos castillos, cuya duracion debia ser tanta como la del mundo, y que han venido al suelo antes que mis palacios de arena.

Como mi suerte estaba fijada de una manera irrevocable, me entregaron á una infancia ociosa. Algunas nociones de dibujo, de lengua inglesa, hidrografia y de matemáticas, se creyeron mas que suficientes para la educacion de un chicuelo, destinado de antemano á la trabajosa vida de marino.

Iba creciendo entre mi familia sin estudiar nada: ya no habitábamos la casa en que yo habia nacido; mi madre tomó otra, situada en la plaza de Saint-Vincent, casi enfrente de la puerta que da al Surco. Los pillastres de la ciudad habian llegado á ser mis amigos predilectos, y los traía á jugar al patio y á la escalera de mi casa. Parecíame á ellos en un todo; hablaba su mismo lenguaje; y tenia su mismo modo de andar; vestia como ellos, y como ellos iba desabotonado y desaharapado; mis camisas estaban cayéndose siempre á pedazos; jamás habia tenido un par de medias que no estuviesen llenas de puntos; llevaba arastrando las mas veces unos malditos zapatos caidos de atrás, que á cada paso se me escapaban de los piés; solia perder con frecuencia el sombrero, y algunas veces hasta la casaca. Tenia la cara chafarrinada y llena de arañazos y cardenales; las manos negras como el carbon. Era tan rara mi figura, que mi madre, á pesar de su cólera, no podia menos de reirse y de exclamar: «¡Qué feo es!»

Y sin embargo me gustaba entonces, y me ha gustado siempre el aseo, y aun la elegancia. Por la noche solia dedicarme á componer mis guñapos; la buena Villeneuve y mi Lucila me ayudaban á arreglarlos para ahorrarme castigos y reprimendas; pero sus curcudidos únicamente servian para hacer resaltar mas mi estropeada facha. Lo que mas me hacia sufrir era el presentarme andrajoso entre los muchachos que estrenaban vestidos nuevos.

El carácter y costumbres de mis compatriotas tenían puntos de contacto con las de los habitantes de algunas ciudades de España. Muchas familias de Saint-Malo se hallaban establecidas en Cádiz, y otras muchas de Cádiz residían en Saint-Malo. La posición insular, la calzada, la arquitectura, las casas, los aljibes y las murallas de granito de Saint-Malo, le dan un aire de semejanza á Cádiz; cuando yo ví esta última ciudad, no pude menos de recordar la primera.

Encerrados por la noche bajo la misma llave en su ciudad, los habitantes de Saint-Malo no componian mas que una sola familia. Sus costumbres eran tan inocentes y patriarcales, que las jóvenes que mandaban traer de París cintas y gasas, pasaban plaza de mundanas entre sus compañeras, las cuales huían de ellas por no contaminarse. Una debilidad era cosa tan inaudita, que habiéndose concebido sospechas de cierta condesa de Abbeville, se hicieron sobre este asunto unas coplas, que se cantaban haciendo la señal de la cruz. El poeta, sin embargo, fiel á pesar suyo á las tradiciones de los trovadores, se declaró en contra del marido, al cual apellidaba *monstruo bárbaro*.

En ciertos dias del año, los habitantes del campo y los de la ciudad se reunían en las ferias que entonces se llamaban *asambleas*, y las cuales tenían lugar en

las islas y fuertes, situados alrededor de Saint-Malo: las gentes iban á pié cuando estaba baja la marea, y embarcadas cuando sucedía lo contrario. La multitud de marineros y lugareños; los carros entoldados; las recuas de caballos, burros y muleros; la concurrencia de mercaderes; las tiendas que se elevaban á la orilla del mar; las procesiones de frailes y de cofradías que serpentaban entre las turbas con sus pendones y sus cruces; las lanchas de remo y de vela que se veían cruzar de un lado á otro; los buques que entraban en el puerto ó que se hallaban anclados en la rada; las salvas de artillería; las campanas echadas á vuelo: todo contribuía á prestar á aquellas reuniones animacion, ruido, movimiento y variedad.

Yo era el único que presenciaba aquellas fiestas, sin participar del general regocijo, porque no tenia dinero para comprar juguetes y bollos. Deseando evitar el desprecio, compañero inseparable de la mala fortuna, iba á colocarme lejos de la gente y junto á los charcos de agua que conserva y renueva la mar en las concavidades de las rocas. Allí me entretenía en ver volar las aves acuáticas, en mirar con la boca abierta los azulados horizontes, en recoger conchas, y en escuchar los lamentos de las olas al estrellarse contra los escollos. Llegaba la noche, y la suerte no me era en casa mas propicia. Tenia gran repugnancia á ciertos manjares, y me obligaban á comer de ellos. Muchas veces imploraba con la vista la proteccion del criado La-Trance, el cual me quitaba el plato con una destreza admirable cuando mi padre se descuidaba en volver la cabeza. Respecto á la lumbre, guardaban conmigo el mismo rigor: estábame terminantemente prohibido el aproximarme á la chimenea. De la severidad de los padres de aquel tiempo, á la indulgencia de los padrazos de hoy, hay una inmensa distancia.

Pero si bien es verdad que yo padecia algunas penas que desconoce la moderna infancia, tambien lo es que disfrutaba en cambio algunos placeres ignorados de ella.

Actualmente no es fácil formarse una idea de lo que eran aquellas solemnidades religiosas y de familia, en las cuales parecia que la patria entera y el Dios de esta patria estaban llenos de regocijo: la Nochebuena, Año nuevo, los Reyes, Pascua florida, Pentecostés y San Juan, eran para mí dias de prosperidad y de contento. Quizás haya influido algo la roca sobre la cual nací en mis sentimientos y en mis estudios. Desde el año 1015 los naturales de Saint-Malo hicieron voto de contribuir con sus recursos y con el trabajo de sus manos á levantar los campanarios de la catedral de Chartres. ¿No he trabajado yo tambien con mis propias manos en alzar del suelo las abatidas cúpulas de la vieja basilica cristiana? «El sol, dice el P. Maunoir, no ha alumbrado jamás canton alguno donde haya sido venerada la verdadera fe con una fidelidad tan constante é invariable como en el de Bretaña. Tres siglos hace que no ha manchado infidelidad alguna la lengua que les ha predicado á Jesucristo, y aun está por nacer el hombre que haya oido á un breton legítimo predicar otra religion que la católica.»

En los dias festivos que acabo de mencionar, me llevaban mis hermanas á andar con ellas las estaciones á diferentes santuarios de la ciudad, á la capilla de San Aaron y al convento de la Victoria: las dulces voces de algunas mujeres invisibles herian agradablemente mis oidos: la armonía de sus cánticos se mezclaba con el bramido de las olas. Cuando se llenaba de gente en el invierno la catedral al toque de oraciones; cuando se arrodillaban los viejos marineros y las jóvenes leían sus horas con fervor á la luz de las candelas; cuando al echar la bendicion repetía la multitud el *Tantum ergo*; cuando en los intermedios de sus cánticos azotaban las ráfagas de viento los vidrios de la basilica y hacían temblar las bóvedas de

aquella nave, en la que resonaron las voces robustas de Santiago Cartier y de Duguay-Trouin; mi corazón experimentaba un sentimiento extraordinario de religioso fervor. Entonees no tenia necesidad de que la Villeneuve me dijese que juntara las manos para invocar á Dios, con todos los nombres que me habia enseñado mi madre; veía el cielo abierto, y á los ángeles ofreciendo nuestro incienso y nuestros votos; inclinaba mi frente, la cual no se hallaba agobiada aun bajo el peso de las desgracias que nos afligen de una manera tan horrible, que casi le dan á uno tentaciones de no levantar la cabeza cuando la ha inclinado una vez al pié de los altares.

Habia marino que al salir de estos religiosos ejercicios se embarcaba con el espíritu fortalecido contra la noche, al paso que otros entraban en el puerto guiados por la iluminada cúpula de la iglesia: así es que estaba viendo continuamente la religion y los peligros en presencia la una de los otros, y sus imágenes ocupaban á un tiempo mismo mi imaginacion. Apenas habia nacido, cuando empecé á oír hablar de la muerte; por la noche recorria un hombre todas las calles tocando una campanilla para escitar á los cristianos á que rogasen por sus hermanos difuntos. Casi todos los años veía naufragar y perderse buques á mis ojos; y cuando salía á pasearme á lo largo del arenal, arrojaba el mar á mis piés los cadáveres de algunos extranjeros que habian espirado lejos de su patria. Mad. de Chateaubriand me decia, como Santa Mónica á su hijo: *Nihil longe est á Deo*: «Nada hay distante de Dios.» Mi educacion fue confiada á la Providencia, y á fe que no me escaseaba sus lecciones.

Devoto de la Virgen, á quien me habian ofrecido conoia y amaba á mi protectora, confundíndola con mi ángel de la guarda; á la cabecera de mi cama tenia clavada con cuatro alfileres una imagen suya, que me compró la Villeneuve por medio sueldo. Yo debiera haber nacido en aquel tiempo en que se oraba ante la madre de Dios, diciéndola: «Dulce Señora de cielo y tierra, madre de piedad, fuente de todos los bienes, que habeis llevado en vuestro precioso seno á Jesucristo; hermosa y dulcísima Señora, yo os doy gracias é imploro vuestro auxilio.»

Lo primero que aprendí de memoria fue una cancion de marinero, que empezaba así:

Je mets ma confiance,
Vierge, en votre secours,
Servez-moi de defense,
Prenez soin de mes jours.
Et quand ma dernière heure
Viendra finir mon sort,
Obtenez que je meure
De la plus saint mort.

«¡Oh Virgen! en vos deposito mi confianza: sed mi defensora, velad por mis dias, y cuando llegué mi última hora, alcanzad que muera con la muerte del justo.»

Esta cancion la he oido cantar despues de un naufragio. En la actualidad repito todavía sus versos de testables, con tanto placer como los de Homero: una imagen de Nuestra Señora, adornada con una corona gótica, y vestida con un manto de seda azul, guarnecido con galon de plata, me inspira mas devocion que una Virgen de Rafael.

¡Si aquella pacífica *estrella de los mares* se hubiera dignado al menos calmar las tribulaciones de mi vida! Pero yo estaba predestinado á sufrir agitaciones y congojas desde mi infancia; como la palmera del árabe, apenas salió mi tallo de la roca, cuando principió á ser azotado por el viento.